

# Luca Ventura

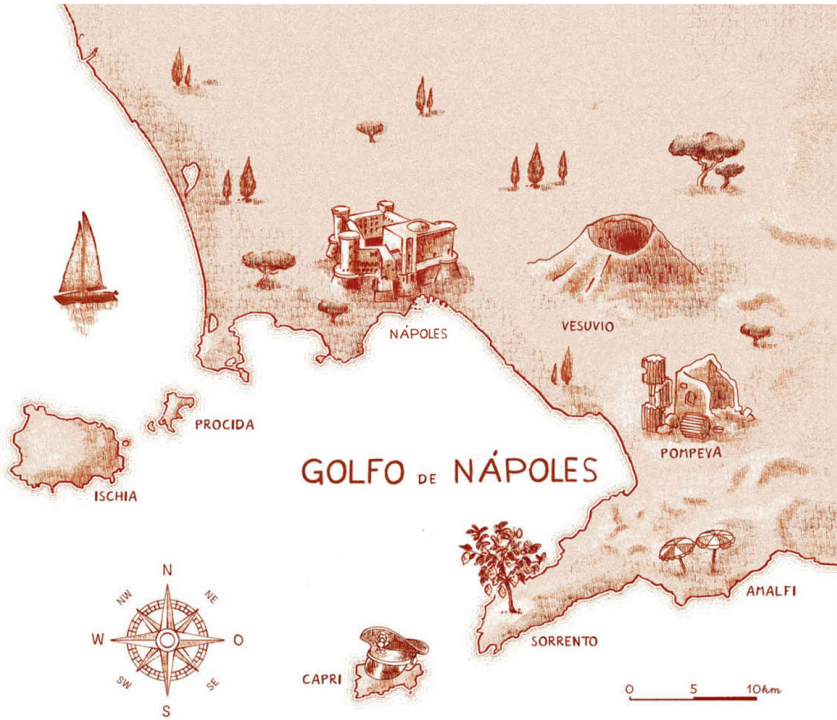
## A mediados de agosto



Enrico Rizzi, un policía de la isla de Capri, especializado en casos menores, lleva una vida plácida y sosegada, que le permite ayudar a su padre en un jardín rico en frutas y hortalizas de todo tipo. Pero todo cambia durante el mes de agosto, cuando las breves y pequeñas olas del mar Mediterráneo varan en las rocas de la playa un bote con un hombre muerto en su interior. Se trata de Jack Milani, un estudiante de Oceanografía, hijo de una importante familia industrial de la isla. El de Jack Milani se convertirá en el primer caso de asesinato de Rizzi, un caso en el que el futuro de los siete mares está en juego.

Un viaje a una de las islas más bonitas del mundo, donde la belleza del paisaje se confronta a la cara más oscura del ser humano.





*Se dirigió al andén. La Circumvesuviana ya había llegado. Subió al último vagón y se sentó en la parte de atrás, junto a la ventana. Se oyó la señal acústica y el tren se puso en marcha.*

*Miró hacia fuera, al crepúsculo, vio luces que aparecían de repente, farolas y faros de coches que se aproximaban al tren. Apoyó la cabeza contra el cristal.*

*Vio el reflejo de su rostro. Al otro lado del cristal lo veía a él. Llevaba el pelo recogido en un moño y una barba de tres días que parecía un araño fruto de una pelea. La miraba con semblante serio.*

*–Jack –susurró–. ¿Qué ha pasado?*

*No obtuvo respuesta. Él no sonreía. La miraba como queriendo decir: «Ya sabes lo que ha pasado». Y tenía razón. Sabía lo que había pasado.*

*–¿Por qué no me dijiste nada? –susurró, colocando su mano sobre el cristal a la altura de la mejilla de él–. Lo siento. Ojalá hubiera podido protegerte.*

*Bajó la vista para contenerlas lágrimas y, cuando pudo volver a mirar, no quedaban más que reflejos en el cristal y luces pasajeras.*

# 1

Enrico Rizzi cerró la puerta tras de sí, cogió el calzado de jardinería y lo sacudió fuera, sobre los tiestos de flores, para que cayera la suciedad de las suelas. Faltaba poco para las cinco y todavía no clareaba.

Se sentó sobre el escalón para calzarse, bajó la escalera y, una planta más abajo, entró en casa de sus padres. Olía a café.

–Buenos días –dijo él.

–¿Qué haces con el uniforme? –le preguntó su padre mirando la bolsa que Rizzi había dejado sobre la silla.

–Luego tengo servicio –contestó Rizzi.

Vito miró el reloj con preocupación.

–Entonces, ¿cuánto tiempo tenemos para los melocotones?

–Suficiente. –Marta les dio la espalda y distribuyó las rodajas de tomate sobre el pan de los *tramezzini*–. Tenéis todo el tiempo del mundo. Deja que el chico haga su trabajo.

Rizzi se bebió el café de un sorbo, se levantó y dijo:

–Venga, *papà*, en marcha.

Su madre envolvió los bocadillos en papel y le dio el paquete.

–¿Quieres que suba más tarde a limpiar?

–No hace falta. –Rizzi se sujetó los *tramezzini* bajo el brazo, cogió el termo y la bolsa con el uniforme y se despidió hasta más tarde.

Vito ya tenía el motor en marcha. Rizzi le dio una palmadita a Romeo, el perro saltó a la zona de carga y él se apretujó junto a su padre dentro de la minúscula cabina.

A esa hora no había nadie por la carretera, ni coches, ni autobuses, ni taxis, solo un par de perros deambulaban por el arcén como si tuvieran una cita importante en algún lugar, mientras Romeo erguía orgulloso el morro contra el viento.

En cuanto el sol empezara a despuntar por detrás del monte Tiberio, las temperaturas aumentarían rápidamente, pero, de momento, era soportable, incluso agradable. Del mar llegaba una leve brisa y el cielo parecía una tela semitransparente detrás de la cual nacía lentamente el resplandor del nuevo día.

Rizzi sacó el brazo por la ventanilla, el aire le acariciaba la piel, mientras Vito le sugería que, más tarde, si le daba tiempo y quería hacer una buena obra, quizás podría quitar la maleza de detrás del cobertizo. Necesitaba ese espacio para la nueva jaula de los conejos.

Avanzaban a trompicones por el camino rural, con el Ape brincando sobre sus tres ruedas y Vito pisando el acelerador a fondo. Al llegar a la cima, recorrieron el muro del jardín hasta el pino piñonero situado junto a la portezuela que, entre dos pilares, colgaba torcida de los goznes. Rizzi se apeó, abrió el candado y quitó la cadena de la verja para poder entrar.

Cuando lo vio por primera vez, Gina describió ese huerto repleto de fruta y verdura como «la obra de arte total». En cada uno de los rincones crecía algo. No había apenas espacio desaprovechado, debido sobre todo al ingenioso sistema de riego que Rizzi y su padre habían ido perfeccionando con el paso de los años. Sin embargo, allí donde Gina admiraba la belleza de una parra trepando libremente, Rizzi veía sarmientos y brotes que podar y terreno que airear. Conocía a la perfección cada mata, cada arbusto y cada árbol; de niño, había jugado al escondite

entre las vides y había construido cabañas entre las zarzas y las palmeras enanas.

Se acercaba el momento de decidir cómo iba a seguir adelante el tema del huerto, si era suficiente con los dos hombres de refuerzo durante la cosecha, o si había que plantearse que vinieran todo el año para que Vito –que tampoco se hacía más joven– no tuviera tanto trabajo, y si, en general, valía la pena mantener el huerto con el nivel de producción actual.

Sin embargo, plantearle ese tipo de cuestiones a Vito era tan infructuoso como hablarle de «agricultura ecológica» o de «sostenibilidad», aunque hubiera acabado admitiendo que el sistema de alerta temprana con rosales a pie de viña funcionaba a la perfección. Si el rosal sucumbe al oídio, después le toca a la vid.

–La semana que viene toca fumigar –anunció Vito mientras ayudaba a distribuir las cajas vacías debajo de los melocotoneros.

–Ni hablar –respondió Rizzi–. No con ese veneno.

–¿Pues con qué quieres fumigar? –Vito se quitó la camisa–. Si el purín de ortigas no funcionó el año pasado, tampoco funcionará este año.

–Podemos probar con mariquitas.

–¿Y de dónde las vas a sacar?

–Tú déjame a mí, *papà*.

Vito sacudió la cabeza.

–Mariquitas –rezongó–. Otra idea de bombero.

Trabajaron en silencio durante las dos horas siguientes: el padre en las ramas bajas y Rizzi en las más altas. Vito arrancaba los melocotones mecánicamente, mientras que Rizzi trabajaba con unas tijeras, dejando un par de hojas decorativas en cada fruta.

Aquel era el sitio de trabajo más bonito del mundo, con la fruta acariciada por el sol, su aroma y, para acabar de aderezarlo, las vistas al mar. A medida que la luz del



día se abría paso, la tonalidad de azul cambiaba cada vez que Rizzi miraba el agua.

—¿Ya estás cansado? —exclamó Vito desde abajo—. Vamos, que queda poco.

Cargaron las cajas y Vito se puso en marcha para repartir la cosecha por las tiendas y restaurantes y tomar nota de los pedidos para la semana siguiente. Rizzi miró el reloj. Eran casi las nueve. Le quedaba una horita.

Se quitó la camisa, la colgó del nogal, tomó las tijeras de poda grandes y se puso a cortar ramas de la buganvilia de detrás del cobertizo para hacer sitio. En realidad, aquello no era la pared trasera del cobertizo, sino un anexo que, con el paso de los años, había caído totalmente en el olvido.

Retiró las espinosas ramas de la pared y se encontró de pie frente a una puerta de madera cerrada con candado. Se quitó los guantes y los dejó caer al suelo, sacudió el cerrojo y los tomillos oxidados se desprendieron de la madera carcomida. Para abrir la puerta, tuvo que levantarla y tirar de ella al mismo tiempo.

Necesitó unos segundos para acostumbrarse a la penumbra del interior. Telarañas y cachivaches. Lámparas de aceite viejas, muebles de mimbre en los que se habían sentado sus abuelos. Más al fondo, el balancín con forma de caballo por el que había preguntado hacía años, cuando preparaba la habitación para su hijo recién nacido, el pequeño Vito. Nadie sabía adonde había ido parar, e incluso llegó a sospechar que su padre lo había convertido en leña para la chimenea.

¿Y lo de más allá no era el baúl? Rizzi no se sintió con fuerzas para tirar las cosas tras la muerte de su hijo. Por un instante, pensó en cerrar la puerta sin más; pero entonces, detrás de una estantería a media altura, descubrió un objeto de grandes dimensiones, redondeado, tapado con telas.

Trepó por encima de los cachivaches y el cabezal de la cuna en el que habían pintado con letras decorativas su nombre y los de sus dos hermanas, Valentina y Barbara, y alcanzó con la mano el extremo de una de las telas. Tiró de ella, dejando al descubierto una superficie metálica, un capó de coche, un intermitente. De otro tirón apartó el resto de las telas.

Ahí estaba el primer coche de sus padres, el viejo Fiat Cinquecento. Lo había visto antes en foto, en uno de los álbumes. Rizzi no tenía ni idea de que la carreta siguiera ahí aparcada. Los neumáticos estaban desinflados y en la carrocería había manchas de óxido por doquier. Tiró de la manilla hasta que la puerta del conductor se abrió con un chirrido.

El habitáculo era mucho más amplio de lo que cabía esperar. Un volante blanco de baquelita, un tacómetro, tres botones en el salpicadero y un pequeño cenicero. La llave seguía en el contacto.

Aun antes del día que decidió empujar el coche al exterior, ya sabía qué quería hacer con él. Limpió el polvo de los faros redondos y de la pequeña luna delantera, observó los minúsculos limpiaparabrisas y abrió el capó trasero, tras el cual se ocultaba el motor. No era un entendido en la materia, pero la técnica de un dos cilindros no podía ser tan complicada.

Rodeó el coche y abrió el capó delantero. Naturalmente, los conectores del mazo de cables estaban oxidados y había que sustituir el compartimento de la rueda de repuesto. Y quedaba por ver en qué estado se encontraban el eje de transmisión, la caja de cambios y el sistema de frenos.

Linterna en mano, se metió debajo del coche y comprobó que los travesaños del cubrecárter presentaban un aspecto aceptable. En cambio, seguramente habría que cambiar el sistema de escape entero. Tumbado bocarriba fue dando golpecitos a cada uno de los puntos oxidados.

–¿Hola? –dijo de repente una voz.

Giró la cabeza y vio dos botas sobre la hierba.

–¿Por qué demonios no contestas al teléfono? –espetó irritado Matteo Savio, su compañero de la comisaría–. Hace un buen rato que Teresa intenta hablar contigo. Tenemos que salir inmediatamente para Punta Carena.

Rizzi salió de debajo del coche.

–¿Qué ha pasado?

Savio se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

–Hay un cadáver.

## 2

Matteo Savio había comunicado lo poco que sabía, había hablado de un bote en el agua, de sangre y de cuchilladas.

Rizzi se lavó rápidamente las manos en la bomba de agua, se puso el uniforme y preguntó si el inspector Lombardi estaría al corriente de ello.

–Es miércoles –le recordó Savio.

–Que Teresa informe a los guardacostas –ordenó Rizzi –. Necesitamos un barco. Y hay que acordonar el acceso a Punta Carena antes de que lleguen los bañistas. –Rizzi se montó en la motocicleta–. ¿Dónde está la agente Cirillo?

Savio contestó que había quedado con ella directamente en el Lido.

Punta Carena y su faro estaban situados en el extremo sur de la costa occidental, lo que para los capriotas era el fin del mundo. Se trataba de una cala con fácil acceso al agua, que disponía de alquiler de embarcaciones y rocas sobre las cuales los bañistas podían sentarse y tomar el sol. El trayecto en motocicleta era de veinte minutos.

Al recorrer la amplia curva hacia el aparcamiento, se encontraron a un compañero con los brazos extendidos delante de un grupo de unas diez personas que se dirigían a la playa equipadas con bolsas isotérmicas y sombrillas. Rizzi aparcó el ciclomotor cruzado en medio del camino.

–Se prohíbe el acceso hasta nuevo aviso –le oyó decir al compañero.

–¿Qué ha pasado? –preguntó alguien.

–Una investigación policial –contestó Rizzi mientras se quitaba el casco y le estrechaba la mano a su compañero. Desde allí arriba apenas se veía la cala. La pendiente era empinada y la maleza tapaba la vista.

–Regresen por la tarde –les sugirió Savio a los visitantes, mientras gesticulaba para indicarle al coche que se acercaba que debía girar y marcharse–. Para entonces todo habrá vuelto a la normalidad.

La cuesta del camino pavimentado pasaba junto al chiringuito de Maria Perotti, quien, desde la escalera, preguntaba con ademán de incredulidad:

–¿Qué es todo esto, Rizzi? ¿Es cierto lo que dice vuestra compañera?

–Si llega gente, no permitas que bajen –indicó Rizzi.

–¿Y qué se supone que debo decirles? –preguntó María.

–Que más abajo el acceso está cerrado. Y que se tomen un capuchino en tu bar.

–Pero ¿de qué gente me hablas? –exclamó a sus espaldas–. ¡Si no dejáis pasar a nadie!

Al doblar la segunda curva, Rizzi ya tenía visibilidad. Se acercaba por mar una patrulla de los guardacostas; en la orilla, una figura delgada y uniformada, Antonia Cirillo, aguardaba agitando los brazos y señalando hacia la cala.

A unos cincuenta metros de las rocas, había un bote de remos a la deriva; en su interior, el cuerpo de una persona. Al llegar a la orilla junto a Cirillo, Rizzi vio una mano apoyada sobre la borda.

Los guardacostas accedieron a la embarcación y Rizzi preguntó:

–¿Quién ha llamado a emergencias?

Cirillo hizo un gesto con la cabeza. A cierta distancia, sentada bajo la sombra de una roca, había una mujer joven con un vestido azul y, junto a ella, un perro.

–Se llama Caterina Agnesi. Está de vacaciones. Viene aquí a nadar por las mañanas.

Observaron en silencio cómo los compañeros guardacostas se acercaban despacio al bote. Uno de los hombres se inclinó sobre la barandilla y, con un número acrobático, empezó a atar un cabo a la embarcación, lo cual debía de ser más complicado de lo que parecía desde lejos.

–¿Nerviosa? –le preguntó a su nueva compañera.

–No –respondió escuetamente–, ¿y tú?

Antes de poder contestar nada, ya se había dado la vuelta y se dirigía despacio hacia la embarcación policial que ahora estaba remolcando el bote.

Hacía varias semanas que Antonia Cirillo había llegado a la comisaría de Capri, pero todavía no se había formado una idea sobre ella. La agente, que pasaba de los cuarenta, no había compartido el motivo por el cual la habían destinado a la isla ni cuál era su procedencia.

Uno de los policías saltó a la orilla que, en ese punto, era una superficie nivelada de hormigón. Entre los tres tiraron del bote hasta que tocó tierra. El cadáver se movía durante la operación; la cabeza se bamboleaba y la mano sin vida resbaló de la borda y cayó dentro del casco.

Rizzi le echó unos veintimuchos, a lo sumo. Llevaba un pantalón corto de cuadros y una camisa con los botones desabrochados hasta el ombligo. Presentaba varias heridas por arma blanca en el pecho ensangrentado. El cabello largo le cubría la frente y los ojos, lo que le daba un aspecto algo salvaje. Entre los mechones asomaba una nariz estilizada, además de un par de mejillas bronceadas y una barbilla sin afeitar. Rizzi y sus compañeros se quitaron las gorras, consternados.

Yacía de manera que no parecía siquiera haber intentado defenderse. O quizás se había caído hacia atrás después de la primera cuchillada, se había dado un golpe en la cabeza y había perdido el conocimiento. ¿O había muerto en el acto?

Rizzi se inclinó hacia el bote. No había ningún tipo de bolso ni pieza de equipaje, tampoco debajo de la banca. Palpó los bolsillos del cadáver. La tela estaba fría y húmeda y los bolsillos eran tan estrechos que prácticamente no le cabían los dedos en ellos.

Por lo que podía ver, todos los bolsillos estaban vacíos, incluidos los traseros del pantalón y el de la camisa. Rizzi se apoyaba en el casco del bote mientras luchaba contra la sensación de mareo, cuando Cirillo dirigió su atención a un detalle.

Debajo de la manga corta llevaba un tatuaje. Rizzi subió la tela unos centímetros.

En el bíceps lucía una pequeña obra de arte que, vista de cerca, revelaba dos letras sinuosas y entrelazadas: «S» y «J».

Cirillo las fotografió, cuando el compañero guardacostas reparó en que solo uno de los remos descansaba en su tolete. La circunstancia podía ser favorable, si el otro remo había caído al agua y la corriente lo arrastraba hasta la orilla; entonces, los expertos de Nápoles podrían sacar alguna conclusión. El motor fueraborda era lo bastante potente como para cubrir recorridos largos. Por lo tanto, puede que el hombre no se hubiera hecho a la mar en Punta Carena, sino en Bagni di Gioia, Marina Piccola o en cualquier otro lugar.

Había que peinar toda la costa. Puede que el hombre hubiera dejado sus cosas en algún lugar entre las rocas. Pero ellos solos no podían llevar a cabo semejante operación, necesitarían que Nápoles enviara refuerzos.

Las primeras embarcaciones cruzaban la entrada de la cala. «Malditos fisgones –pensó Rizzi–. Que se vayan a rodear la isla y a ver todas las grutas habidas y por haber».

–Cuando hayas terminado con las fotografías –le dijo a Cirillo–, tápalo, por favor.

Se alejó en silencio con la cámara y Rizzi se acercó a la mujer del vestido azul. Caterina Agnesi seguía en cucullas